

José Vasconcelos

## HIMNOS BREVES

**S**OMOS nada. Una sola mañana en los campos vale más que todo el diario vivir de los hombres.

En la noche llena de estrellas hay más ternura que en todos los corazones humanos.

El cielo, la pradera, la montaña, el viento, la luz, todo esto es perpetua armonía y en perpetuo conflicto significa más que todas las inquietudes de la conciencia. El yo es mudo, la naturaleza es elocuente.

Señor, somos nada. Danos a fundir este pálido reflejo del Cosmos que es nuestra alma, en la esencia infinita de panoramas gloriosos. Y que la angustia nuestra se resuelva en el ritmo de júbilo que impregna a la Natura.

\* \* \*

¿Quién ha dicho busca a Dios en ti mismo?

En lo más hondo de mí mismo he contemplado largamente, y no hallé nada, no hay nada. Sólo cuando miro en los campos la fiesta de tus creaciones y en el

cielo la belleza majestuosa; sólo entonces, ¡Señor!, tiembla mi alma y sospecho que soy algo, pues me alcanza y me inunda la alegría del Cosmos.

¡Oh, Señor!, ¿qué sería de mí si fuese ciego? ¿Por qué permites que haya ciegos? ¿Por qué permites tanto absurdo? Sólo el absurdo es el enigma. ¿Por qué permites que vengamos al mundo a estar solos, perdidos?

Nosotros, cuyas almas ambicionan el Todo, somos nada más *uno*, y un *uno* que se repite a millares, puesto que a cada instante nacen millares de hombres. ¿Para qué es esa multiplicación de lo inepto?

\* \* \*

Interrogo, Señor, a mi alma, pero mi alma es muda, como la montaña, y como ella pesada y sola.

Mi alma es un peso y ya no intenta volar porque ha visto desde su cumbre y sabe lo poco que vale el vuelo de las aves. Ni siquiera traspasa la región de las nieves. Sube más la nieve que el ala. ¡Oh, doloroso fracaso del ala!

¡Yo he subido más alto, mucho más alto que la montaña, y sé que arriba se está solo y frío; en el Infinito, mi desierta morada!

Nadie responde, y sin embargo, si no fuera por la montaña y si no fuese por el vasto espacio sin fin, no entendería la grandeza.

Dentro de mí en vano la habría buscado. Yo he visto, Señor, dentro de mí, y no he hallado más que un torvo apetito, y alrededor las cien murallas de lo imposible. ¡No hay nada en mí mismo!

Es blasfemia decir: busca en ti mismo. No hay más que un solo recurso: salir de nosotros mismos. No ser nosotros, ¡ser Tú!

\* \* \*

Mi personalidad, ¡qué me importa! De buena gana la trocaría por otra que fuese reluciente y alta.

¡Los que hemos amado! Sí, con qué fuerza llaman, y cómo nos inclinan a revivir el ayer, a prolongar el presente. Y el porvenir que dibuja amores vagos.

Mas, ¿dónde hay miseria mayor que amar mucho? Desamparo y desamparo, eso son el amante y el amado. Todo amor es un largo llanto.

Vuelvo alrededor la mirada e invoco a los que amo y no sé si me siguen, no sé si me seguirán. ¿Son ellos o soy yo quien se queda solo?

A tu piedad los confío, para todos hay la hora de gracia, la visión del triunfo. Apresura la hora mía, la hora en que pase a ser otra cosa y ya no sea yo un hombre.

\* \* \*

*Tat twam ansi.* Tú eres esto, dicen ante cada cosa los sabios ilustres del Upanishad.

Por algo ha seguido existiendo el mundo. El anhelo ya no es ese. Yo no quiero ser esto y aquello. Sólo me conforma lo Infinito.

No te hallo en la rosa, ni te hallo en la espina. ¡Oh, Señor, Infinito! ¡Yo bien sé que estás más alto que la rosa y que eres mayor que los cielos! No es este mi reino, Señor, permite que diga: ¡No es este nuestro reino!

Todo lo que aquí luce es trasunto; pero no es ni Tú ni yo. Soy viajero y la belleza me señala la ruta divina, pero ella no es la meta, ni soy yo el fin de mí mismo.

La esencia no está tampoco en la cosa. La cosa es nombre y forma, es Maya, o como Kant dijo, representación formal.

Dentro de la forma gloriosa, suena una música; esa música se llama belleza. Siguiéndola llegamos a Ti. La belleza es la ruta.

Y Tú eres la meta.

\* \* \*

Me sonrió la fortuna; me atormentó el dolor.

Sé mucho, me siento muy sabio. En el pecho una gran herida y en la frente un fanal. Señor, he comprendido tu ciencia y me explico el simbolismo de los siete puñales de la Dolorosa, y la corona de luz en la frente. Y me digo: benditas las lanzas si abren heridas que derraman gracia.

\* \* \*

Algo me llama por dentro y al acudir a encontrarlo, siento que es menester huir de mí mismo. No por mis pecados que un Dios de bondad redime con una sola mirada, sino porque hay algo impropio en mi esencia.

Yo quiero tornarme a Ti como arde el leño en la llama, limpio de toda mísera huella. Claro como el cielo después de la lluvia. Y busco el ritmo en que mi alma, resuelta en canto, ha de subir hasta el cielo.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.